

INSTANTÁNEAS



UNA GITANA (Modelo).

Inst. del fotógrafo Sr. Téllez.

Núm. 114.—Sábado 8 de Diciembre de 1900.

20 céntimos en España.

Ayuntamiento de Madrid



MATILDE DE LERMA



Baturra por su nacimiento, y artista por vocación y por carácter, Matilde de Lerma pertenece al número de los mimados por la suerte. En muy poco tiempo se dió á conocer en Madrid, cantando en el teatro del Príncipe Alfonso, desde el cual pasó al Real, donde su talento fué unánimemente reconocido y aclamado.

La distinguida soprano dramática, buscando «á su aliento empresas grandes», salió de España, y en Portugal, como en Rusia, triunfó y sigue triunfando.

Su última creación fué la de la judía *Raquel*, en la ópera del maestro Bretón.

Matilde de Lerma ha dado gallardo mentís á un refrán. Ha sido profeta en su tierra y fuera de su tierra.

Y es que el genio no tiene nacionalidad, ni para el genio hay fronteras.



Instantáneas.



Director:

M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:

Clavel, 1, Madrid.

LA ESTATUA ANIMADA

CUENTO FANTÁSTICO

Era la tarde muy triste; con esa tristeza peculiar de los días invernales; el cielo con densos nubarrones, amenazando tormenta, y el sol oculto tras de las nubes, cual si no quisiera ser testigo de la escena que iba a desarrollarse.

Por la tortuosa carretera que conduce al cementerio del pueblecito de Villavieja, un caballero vestido con elegancia, de severa fisonomía y luenga barba de ceniciento color, avanzaba lentamente, dirigiendo ávidas miradas á un soberbio mausoleo que, allá lejos, se destacaba de una multitud de crucecillas sembradas, por decirlo así, en una pobre pradera cubierta de verde yerba.

Pocos minutos después se detenía ante una pequeña y carcomida verja de madera que cerraba las tapias del camposanto, y empu-

iándola suavemente, se encontró dentro del sagrado recinto.

Una pequeña y ruínosa ermita á la entrada, y un lujoso panteón con la estatua yacente de angelical mujer en el centro; rodeado de infinitas crucecillas de todas clases y tamaños, embellecidas por multitud de ortigas y cardos silvestres, é impregnado todo de cierto tinte melancólico... era el lugar de la escena.

Nuestro personaje se acercó timidamente al panteón; se descubrió, arrodillóse, é inclinando la frente sobre el mármol frío de la estatua, oró, mientras la noche tendía su negro manto, haciendo aún más tristes aquellos parajes de la muerte.

Su imaginación, de por sí exaltada, vagó por lo fantástico, y pronto nuestro desconocido, impresionado por el lugar en que se hallaba, creyó realidades lo que sólo eran ficciones y delirios de su mente soñadora.

NUESTROS ACTORES CÓMICOS



Salvador Mora, del teatro de la Comedia.

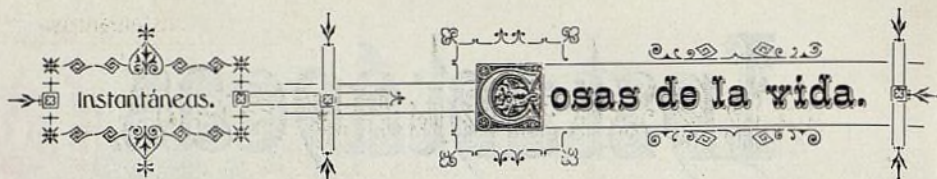
—Respira, vive, yo lo quiero! ¡Mírame é tus plantas, loco de amor; mira á tu Lázaro bañado en lágrimas de sangre, siempre amándote! Hoy hace un año que te perdí, y no he querido dejar de hacerte esta visita, quizá la última!... Tú, que me fuiste infiel y me abandonaste, porque yo era viejo y él era joven; tú, que no teniendo corazón me robaste el mío para martirizarlo y estrujarlo entre tus garras; tú, que fuiste la única mujer que hizo palpar mi pecho; tú, que has sido más criminal que aquel que, siendo joven, roba y asesina á un anciano; tú... reposas tranquila el sueño de la muerte y no sufres, mientras que yo!... ¡Yo lloro mi desventura, y ahora contesta, habla, que yo te oiga!... No me haces caso. No quieres complacer á quientanto te quiso?... Gracias á Dios, al fin vives; acércate, acércate más, y te perdono; deja que toque tus manos! Qué frías! Y tu corazón, qué helado!... No me mires de ese modo; que parece me amenazas!... Has hablado? Qué me has dicho?... Que me quieres?... Sí, sí, eso es! Yo también te adoro, y ya nadie podrá separarnos!... Deja que te estreche entre mis brazos y que estampe un beso sobre tu límpida frente!... Dios mío, qué felicidad!... Ya eres mía, sí, mía, y... de nadie más que mía!...

Amanecía. El sol bañaba con sus rayos aquel campo sembrado de cruces y aquel panteón, sobre el que descansaba la estatua de una mujer y el inanimado cuerpo de un hombre.

La estatua representaba una dama de celestial belleza; el hombre era Lázaro que, viejo, decrepito y loco de amor había muerto abrazado á aquel pedazo de mármol.

Miguel de Zárraga.

Ayuntamiento de Madrid



Rostand por los débiles.—Perdón para Europa.—El xeito y la traiña.
Lo que dice el telégrafo.

Una voz elocuente, la de Edmundo Rostand, se ha elevado sobre la gárrula charlatanería, y desde mayor altura de la que alcanzan los vivos frenéticos é inconsciente ha lanzado cruel y justa censura á los fríos de corazón y á los Judás de la justicia que abandonan á un pueblo noble y grande entre las garras de la mercantil Inglaterra.

Se ve en este caso á primera vista, claro y patente, un fenómeno social observado hace ya tiempo. Los pueblos y los gobiernos que los rigen nunca marchan de acuerdo. La discrepancia entre gobernantes y gobernados es patente. Los de arriba, en vez de ser órganos de la opinión pública, maquinaria dispuesta á sentir los impulsos del pueblo, meros representantes de las necesidades de la nación y sus humildes servidores, dedícanse para satisfacer logros personales á divorciarse de quien están obligados á escuchar, y de ahí que nunca sea la voz del pueblo la voz de su gobierno.

Bien se manifiesta este fenómeno social en la visita de Krüger á Europa. Los organismos oficiales permanecen fríos é incommovibles, mientras que los ciudadanos, libres de fórmulas que no tienen para qué respetar, reciben entusiastas al anciano respetable, jefe de una nación desgraciada y víctima de la ambición de un pueblo regido por hombres de corazón metalizado, sedientos de oro, con hambre de pompas y vanidades que no pueden durar más allá de unos cuantos años... tesoro de incierta posesión que aventa el aire en un instante, que se deshace cual terrón de azúcar entre las aguas de un río.

Rostand, el poeta; Rostand, el hombre de corazón, ha cantado la tragedia del Transwaal y saluda con himno entusiasta al viejo Krüger cuando salta á tierra francesa desde el bote de un barco holandés.

El poeta de elevado pensamiento y de alma hermosa ha sentido toda la gran injusticia de que es víctima el pueblo transwaalense, y en un momento de inspiración poética y de iluminación del espíritu por la luz de justicia suprema, dice: «¡Perdón para Europa!»

Perdón, sí, para Europa que vió indiferente á España atropellada por los Estados Unidos; perdón para Europa que consintió las infamias de Polonia; perdón para Europa que contempla cruzada de brazos cómo el Transwaal es perseguido

á sangre y fuego por la poderosa Inglaterra.

Mientras en Europa siguen las turbas al afligido anciano, allá, en el Sur de Africa, la guerra tiende sus alas negras por valles y colinas, por llanos y montañas... Sobre el haz de la tierra transwaalense sólo se oyen lamentos, y donde se mecía una cuna se abre ahora una fosa; donde hubo un hogar hoy ruinas siniestras; donde se oían cantares reina el silencio...

Como dice el gran poeta: ¡Perdón para Europa que consiente tales infamias! ¡Perdón, como dice el autor de Cirano, para estos pueblos que ahora recorre el triste y desolado viajero que sólo le ofrecen platónicas aclamaciones!

**

Allá en las rientes costas de Galicia también parece que la justicia sale afrentada por ponerse al lado de los pobres.

¡Cierto que es mala suerte el de la gran matrona que siempre está, ó rodeada de pobres ó débiles!

Andan á la greña los pobres del xeito con los ricachones de la traiña; pero ya se verá en lo que para todo si Dios no lo remedia: en que los pobres serán más pobres y los ricachones cada día serán más poderosos.

El xeito y la traiña recuerdan al pez y al tiburón, y, al fin y al cabo, si esto no sale al revés de todas las cosas de este pícaro mundo, sardinas y xeiteros irán á parar á las amplias y tupidas redes de la traiña.

**

El telégrafo habla de noticias que circulan respecto á la independencia que los EE. UU. piensan conceder á Cuba, conservando, por supuesto, su patriarcal protectorado...

También comunica el telégrafo de los dulces modos con que los yanquis van procurando meter en cintura á los filipinos...

Dice también que en Francia dura el entusiasmo por Krüger, el gran anciano, y...

Que cuando la reina Victoria, en la próxima primavera, vaya á pasar una temporada en Cimiez, allí se encontrará á M. Loubet, que irá á misa con motivo de la fiesta de Pascua, que no será, á buen seguro, la pascua de resurrección de la justicia.

Tomás Carretero.

El problema del Sud de Africa.



Retrato y autógrafo de Krüger.

Mister Chamberlain.

Pablo Krüger en Europa.

Allá lejos, muy lejos, en la extremidad Sud del Africa, algunos franceses y bastantes holandeses fundaron, cuando la Holanda era gran potencia naval, una colonia que pronto llegó á florecer á pesar de su apartamiento. Vino el siglo XIX, que se irá dentro de poco, y la Gran Bretaña aprovechó los trastornos de las guerras napoleónicas para hacerse dueña de la Colonia del Cabo, que pasó á poder de Inglaterra en 1815.

Entonces el cabo de Buena Esperanza era el camino de la India, y los ingleses querían ser dueños del camino á su más preciada colonia. Tornáronla en floreciente; pero comprendiendo que los colonos de origen holandés eran algo tan peligroso como habían sido los puritanos refugiados en América, se dedicaron á estorbarles la vida. Los *boers*, granjeros, campesinos y pastores, llevados de la fe religiosa que siempre tuvieron se procu-

raron solución al conflicto en las enseñanzas del Libro Santo, y como los israelitas de Egipto emprendieron un éxodo en busca de suelo para fundar una patria libre. Cruzaron el *Waal*, ganaron el terreno palmo á palmo á los *cafres* y *zulúes*, y combatiendo con los elementos, los hombres y las fieras vivieron hasta que tuvieron la desdicha de hallar cuarzo aurífero que excitó la codicia del tradicional enemigo.

Con sangre se ganaron un régimen de libertad primero, la independencia después, y las repúblicas del Orange y del Transval fueron reconocidas por el Gobierno inglés y por todos los del mundo.

Tras de las victorias de 1879 y 1881 vinieron las asechanzas; el *raid* del doctor Jameson con su incursión filibustera, más tarde la presión franca, los preparativos de guerra y la guerra en fin que há más de un año ensangrenta el país. Cuando ni Cronje, ni De Wett, ni Joubert, ni Botha podían continuar vinculando la victoria, el anciano Presidente J. S. Pablo Krüger ha venido á reunirse en Europa con Leyds, con Volmarans, con los otros diplomáticos *boers*.

Dícese de Krüger que fué admirado por Bismarck; ahora tendremos ocasión de saberlo de un modo práctico, pues no creemos que haya venido simplemente para ponerse en salvo, sabiendo que su patria tiene enfrente la voluntad de Rhodes y Chamberlain y la opinión de Inglaterra, tres fuerzas considerables sea cual fuere el fin á que se apliquen.



Sir Cecilio Rhodes.

(El Napoleón africano.)

El doctor Ledys y su secretario.



DELICIOSA CÓMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

ESCENA V

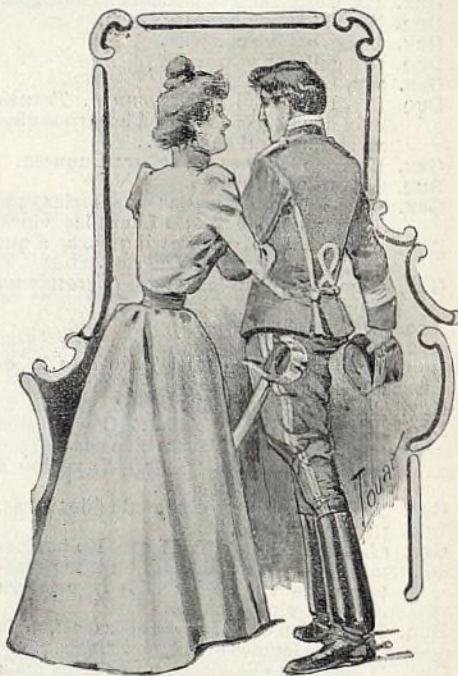
LA DUQUESA (Señora Valverde). EL GENERAL (Sr. Larra).

- GEN. Soy yo.
DUQ. ¡(Dios mío, cómo está!)! *Mirándole atentamente con los anteojos.* ¿Es usted?
- GEN. Yo. Aquí estoy. Aquí debo estar. ¡Presente!
- DUQ. Pero hombre, ¿de dónde sale usted y á qué viene usted aquí ahora, y tan viejo?
- GEN. ¡Va usted á saberlo, joven!
- DUQ. ¿Eh?
- GEN. Ahora mismo. ¿Qué me dijo usted el día 19 de Marzo del año 1850, en el baile que dió el General Narváez?
- DUQ. No me acuerdo.
- GEN. Yo sí. Le dije yo á usted, que por cierto estaba hecha un sol...
- DUQ. *(Amable.)* Pase usted adelante, hombre, pase usted adelante.
- GEN. Le dije á usted: — Laura... ¿sigue usted llamándose Laura?
- DUQ. Me llamo la Duquesa viuda de Ontanarres, caballero.
- GEN. Y yo me llamo, no ya Fernando, sino el Marqués de Orán, Teniente General, Senador del Reino y viudo.
- DUQ. Lo sé.
- GEN. La dije á usted aquel día: — Laura, ¿cuándo va usted á decirme que me quiere, sabiendo que estoy perdido por usted?
- DUQ. Y yo le respondí...
- GEN. ¡Y usted me respondió con sonrisa burlesca, — allá... dentro de cincuenta años. Y como hoy es el 19 de Marzo de 1900, y yo soy nacido en Zaragoza, y no he querido venir antes, aquí estoy, señora Duquesa!
- DUQ. *(Riendo.)* ¡Tiene mucha gracia, muchísima gracia!
- GEN. ¿Usted cree?
- DUQ. ¡Venga esa mano!
- GEN. Allá va.
- DUQ. ¡Y venga usted á sentarse!
- GEN. ¡Corriendo!
- DUQ. *(Con la mano del General cogida en la suya.)* ¡Qué viejo está usted!
- GEN. ¡Y usted, qué blanca!
- DUQ. ¡Sesenta y cinco! *(En voz baja.)*
- GEN. *(Mirando á todos ados.)* ¡Ochenta y uno!
- DUQ. Pero está usted ágil, fuerte.
- GEN. Y usted fresca, muy fresca.
- DUQ. Estamos frescos los dos, ¡frescos estamos! *(Riendo.)*
- GEN. ¿Verdad? *(Riendo.)*
- DUQ. Vaya, siéntese usted, coquetón.
- GEN. Ya era tiempo, coquetuela.
- DUQ. ¿Quiere usted? *(Ofreciéndole la tabaquera.)*
- GEN. ¡Bien me lo he ganado! *(Sorben los dos el rapé.)*
- DUQ. Vaya, vaya, con Fernandito.
- GEN. Vaya, vaya, con Laura.
- DUQ. ¿Qué ha sido de usted en tanto tiempo?
- GEN. No debe usted ignorarlo.
- DUQ. No, no lo ignoro. He seguido su carrera de usted...
- GEN. ¡Y yo su vida de usted paso á paso!
- DUQ. No ha querido usted venir á verme nunca...
- GEN. ¡No he pretendido nunca á mujeres casadas!
- DUQ. No quiero decir eso. También usted se casó; á pesar de aquel amor que me tuvo...
- GEN. ¡Cosas de la vida!
- DUQ. A mí me casaron con el Duque...
- GEN. Yo me casé con diez millones.
- DUQ. Yo me dejé casar; fuí Duquesa, Grande de España...
- GEN. Yo pesqué una dote, dinero, dinero, dinero...
- DUQ. Pero ¡ay! ¡Aquel Duque... Dios le tenga en la gloria!
- GEN. ¡Y aquella Elena, Dios la haya perdonado!...
- DUQ. Un genio...
- GEN. Un carácter...
- DUQ. Sin entendernos un día en treinta años.
- GEN. A bofetadas todas las semanas...
- DUQ. Muy seco, muy soberbio, muy jugador...
- GEN. Muy arisca, muy endiosada, muy grosera...
- DUQ. ¡Ay! Por Dios, como estamos poniéndolos.
- GEN. Porque muchos años nos esperen... *(Sontiguándose.)*
- DUQ. ¡Amén! *(Idem.)*
- GEN. ¡No hay que hablar de eso!
- DUQ. ¡Cincuenta años! ¡Cómo pasa el tiempo!
- GEN. Parece que la estoy viendo á usted, con aquellos ojazos de gitana y aquel pelo negro como la mora, y aquel descote...
- DUQ. Pues si viera usted ahora el descote...
- GEN. ¿Sí?
- DUQ. ¡Parece una cesta con los mimbres rotos!
- GEN. ¡De veras? *(Riendo.)*
- DUQ. De veras. *(Idem.)*
- GEN. Sin embargo, conserva usted ese aire tan gran señor, ese aire...
- DUQ. Aire de pulmonías.
- GEN. Y yo, aunque viejo... no soy uno de esos viejos catarrosos.
- DUQ. No tenga usted pretensiones, porque está usted hecho un derribo, amigo mío.
- GEN. ¡Siempre burlesca! ¡No me queda más que eso!
- DUQ. Vamos, con toda lealtad... ¿Qué razón ha tenido usted para venir hoy á verme?
- GEN. Dos razones. La primera es que ayer, revolviendo papeles de muchos años para poner mis cosas en orden antes de morir...
- DUQ. No se muera usted, hombre; no tenga usted prisa.
- GEN. ¡Ninguna! Revolviendo papeles, encontré un librito de memorias... en el que apuntaba yo cincuenta años há, día por día, mis impresiones...
- DUQ. ¡Ah! ¿Sí?
- GEN. ¡Y si viera usted con qué gusto leía todo lo referente á la época aquella!

- DUQ. Aquella... ¡la mejor de la vida!
- GEN. Aquella en que ni usted supo entender mi amor, ni yo supe lograrlo.
- DUQ. No, la verdad es que estuvo usted muy tonto.
- GEN. Pero si usted no se rendía.
- DUQ. ¡Pero, hombre, un soldado tiene que atacar!
- GEN. Pero, señora, si la plaza no se entrega...
- DUQ. Se la sitia por hambre.
- GEN. Luego estuve cobarde.
- DUQ. ¡Un gallina!
- GEN. ¡Ay, Laura!
- DUQ. ¡Ay, Fernando! (*Con ternura. Transición brusca.*) No vamos á hacernos ahora el amor, mi general...
- GEN. Un poco tarde es ya, señora Duquesa.
- DUQ. Siga usted su relato.
- GEN. Pues leyendo aquellas memorias, me decía yo anoche... ¡Si Laura las viera!
- DUQ. Apuesto... lo que usted quiera, á que no se le ha ocurrido traerlas.
- GEN. ¿Que no? ¡Aquí las tengo! (*Sacando un librito.*)
- DUQ. ¿De veras?
- GEN. ¡Ecce!
- DUQ. (*Cogiendo el librito.*) Todo esto... es aquello...
- GEN. Todo eso es aquello...
- DUQ. (*Después de una pausa.*) Cierre usted aquella puerta. Vamos á leerlas. (*Toca el timbre, viene el criado.*) No recibo á nadie. (*El criado se va.*)
- GEN. Ya estamos solos, cincuenta años atrás.
- DUQ. ¡A ver, á ver eso!
- GEN. (*Leyendo.*) «Siete de Enero. No he dormido en toda la noche. Laura me trastorna, me vuelve loco. Es la criatura más fría y más mala...»
- DUQ. Pues mire usted, si empieza así, más vale que leamos el *Año cristiano*.
- GEN. (*Leyendo.*) «Es decir, no sé si es mala ó coqueta...»
- DUQ. ¡No es lo mismo!
- GEN. «Lo que sé es que estoy loco por ella, y que es hermosísima.» (*Alegria en el rostro de la Duquesa.*) «No la hay más hermosa en Madrid.»
- DUQ. Eso decían. (*Arreglándose con coquetería.*)
- GEN. «He ido á la fotografía de Disderi...»
- DUQ. ¡Uy! Disderi... En la calle del Príncipe... (*Riendo.*) Uno de los primeros que hubo... Disderi.
- GEN. «Y aprovechando un descuido, le he robado un retrato de Laura para contemplarlo á mis solas...»
- DUQ. ¿Lo tiene usted?
- GEN. Si lo traigo á propósito... (*Sacando una fotografía.*)
- DUQ. ¿A ver... ¡Ja, ja, ja! (*Aquí risas prolongadas de la Duquesa, viéndose como era.*) ¡Con mirílaque!... y dos chorizos á los lados de la frente... ¡Ja, ja, ja! ¡Y así volvíamos locos á los hombres! ¡Ja, ja, ja! ¡E! usted el demonio, hombre, es usted el demonio.
- GEN. ¿Le interesa á usted la lectura?
- DUQ. ¡Muchísimo!
- GEN. «Dos de Febrero.» (*Leyendo.*) «Tres días en cama con un catarro horrible, por haber pasado la semana en la esquina de la calle del Lobo esperando á que Laura se asomase á su balcón de la Carrera de San Jerónimo. El médico teme sea una pulmonía.»
- DUQ. ¡Ay, pobrecito! ¿La cogió usted?
- GEN. No, señora, no la cogí; pero desde entonces estoy tosiendo.
- DUQ. ¡Toser es! Siga usted.
- GEN. (*Leyendo.*) «Veinte de Febrero. La Duquesa de Híjar va á dar un baile, y yo no sé cómo hacerme convidar. Laura va y hay un minué con trajes á la antigua, y el pillo ese que le hace el amor...»
- DUQ. El pillo era mi marido.
- GEN. ¡Eso es!
- DUQ. ¡El que luego fué mi marido!
- GEN. Eso mismo. (*Leyendo.*) «El pillo ese va á bailar con ella...»
- DUQ. ¡Estaba usted celoso! ¡Je, je! ¡Celoso!
- GEN. ¡Si lo estaba!... Verá usted ahora: «Dos de Marzo. Soy feliz.»
- DUQ. ¡Vaya, sea enhorabuena!
- GEN. «Soy feliz. No sólo estoy convidado al baile, sino que tomaré parte en el minué.»
- DUQ. ¡Sí, me acuerdo!
- GEN. ¡Eh!
- DUQ. ¡Me acuerdo!
- GEN. «Me estoy haciendo un traje precioso.»
- DUQ. Blanco, con la peluca empolvada y una espada auténtica.
- GEN. ¿Lo recuerda usted aún?
- DUQ. ¿Por qué nó?
- GEN. ¡Ay, Laurita! (*Cogiéndole la mano.*)
- DUQ. ¡Eh! ¡Alto ahí, vejestorio!
- GEN. Si le digo á usted que estas cosas...
- DUQ. Siga.
- GEN. Oiga usted muy bien esto, que es muy grave: «Primero de Marzo. Laura fué con su doncella á casa de sus primas... La he acompañado, la he hablado.»
- DUQ. ¡Esto es lo que hace mi nieta cuando sale con la Miss esa!
- GEN. «La he hablado al alma... Le he dado un doblón á la criada...» Entonces había doblones. «Le he dado un doblón á la criada para que se apartara un poco... Laura parecía conmovida... y en el mismo portal de la casa, al despedirnos... le he robado un beso!»
- DUQ. ¡Jesús! (*Se vuelve de espaldas y se tapa la cara.*)
- GEN. «Se ha enojado, ha echado á correr; pero yo me he quedado con el recuerdo de este anoche, de esta impresión, la más honda de mi existencia...»
- DUQ. ¡Doble usted la hoja, doble usted la hoja! (*Se lo dice sin mirarle, con la cara tapada.*)
- GEN. «Porque hay cosas que no se olvidan, que quedan en el alma para toda la vida...»
- DUQ. (*Dramática.*) Señor General, por respeto á estas canas, doble usted la hoja.
- GEN. Media vuelta á la izquierda, ¡marr! (*Doblando la hoja.*)
- DUQ. Adelante, adelante.
- GEN. Perdone usted el recuerdo, y oiga la repulsa, las calabazas...
- DUQ. ¡Ah, sí, las calabazas!...
- GEN. ¡Ingrata!
- DUQ. Lea, lea, cobardón.
- GEN. «Ocho de Marzo. Salgo del baile. La noche ha sido de grandes emociones. ¡Qué hermosa estaba!»
- DUQ. ¿Verdad? ¡Digo! Siga usted, siga usted...
- GEN. «He bailado una figura de minué con ella.»
- DUQ. Sí, así fué, y lo bailamos bien.
- GEN. Su mano en la mía, las posturas clásicas.
- DUQ. ¡Muy bonitas!
- GEN. Las recuerda usted...
- DUQ. ¡Uy! Si no fuera por el reuma...
- GEN. ¿Sería usted capaz de reproducir la escena aquella?... Mire usted, aún no hace un mes se la enseñaba yo á uno de mis nietos.
- DUQ. Niños somos todos... espere usted... no hay nadie... y al cabo de cincuenta años... no nos... ¡qué tontería!
- GEN. ¿Cómo tontería? Si es muy pausado?
- DUQ. Que no, que no.
- GEN. Laura, si nos vamos á morir dentro de cuatro días...
- DUQ. ¿Cómo era?
- GEN. (*Aquí bailan cómicamente pero con elegancia. Al cabo de algunos compases la Duquesa va á caer rendida en el sofá diciendo:*) ¡E! usted el mismísimo diablo!
- GEN. Y usted la maga que evoca todo el pasado...
- DUQ. ¡Buenos magos estamos los dos para un nacimiento!
- GEN. (*De pie.*) «Mañana comienza la Semana Santa, y Laura me ha dado una lista de todo lo que he de hacer para que la siga...»

DUQ. ¡Coquetearías!
 GEN. ¡Ya lo creo! «Me vestí de uniforme, fui á Atocha á verla. El otro estaba allí también, y yo, ciego de ira, al salir, le he mirado de arriba á abajo, me ha dicho una inconveniencia y le he dado una bofetada.»
 DUQ. Aún la estoy oyendo.
 GEN. «El vizconde, mi rival, me dió una estocada en el hombro derecho. Por primera salida he ido al baile de Narváez. Laura estaba allí, la he pedido un vals, y bailando le he dicho: «De modo que yo no puedo amarte ya nunca, vida mía? Y sonriendo, me dijo al despedirme: ¡Allá dentro de cincuenta años!» (Se guarda el libro en el bolsillo. Pausa larga; los dos miran al suelo.)
 DUQ. Bueno, pues ya han pasado esos cincuenta años. ¿Supongo que no viene usted á casarse conmigo?
 GEN. ¿Qué nos queda que hacer?
 DUQ. ¿Que nos entierren juntos!
 GEN. No, Duquesa, no es eso. Ya le dije á usted que para venir aquí tenía dos razones, y hasta ahora sólo he dicho la primera. Nos queda que hacer algo... para terminar dichosos nuestras vidas.
 DUQ. Explíquese usted...
 GEN. Yo tengo un nieto, teniente de húsares.
 DUQ. ¿Mendoza!
 GEN. Gabriel de Mendoza.
 DUQ. Ya me chocó el apellido y me sonó á jolgorio.
 GEN. Y usted tiene una nieta encantadora... su abuela.
 DUQ. Obligadísima. (Haciendo una reverencia.)
 GEN. Ni la nieta ni el nieto tienen padres... y yo vengo á pedirle á usted la mano de la muchacha para Gabriel. ¡Alguna mano he de sacar de esta familia!
 DUQ. Cuando usted quiera y como usted quiera. (Yendo al balcón derecha actor.) ¡Capitán Mendoza, arriba!
 GEN. (Yendo á la puerta primera izquierda actor.) ¡Señorita de Guzmán, adentro! (Hablan, él desde el balcón y ella desde la puerta.)

DUQ. ¡No vaya usted á hablar... de lo nuestro!
 GEN. Ni usted recuerde que fui un gallina.
 DUQ. ¡No, ahora usted es el gallo viejo y la gallina yo; tratemos de cuidar nuestros pollos! Venga usted y verá una chica bonita. (El General pasa á la puerta.)



GEN. Y usted venga y verá un buen mozo.
 (La Duquesa pasa á la puerta foro.)
 DUQ. Es de familia.
 GEN. ¡Gracias á Dios que me jalea usted! ¡Más vale tarde que nunca!

CANTO DE ESPERANZA

Perdida la ilusión en que cifrabas
 todas tus esperanzas de ternura,
 te entregas del dolor, á la amargura,
 y al peso del dolor tu mal agravas.
 ¿Por qué ceder? Si derrotado fuiste,
 si del asalto al ímpetu primero
 la victoria alcanzar no conseguiste,
 no te anonade el desencanto triste,
 y otra vez, valeroso y altanero,
 vuelve á intentar lo que antes pretendiste.
 ¿Que está muy alta la anhelada meta?
 ¿Que impaciente y ansiosa tu alma inquieta
 pierde al volar la fuerza de sus alas,
 y, al remontarse, potestad secreta
 paraliza sus plumas, y resbalas?
 ¿Qué importa? Si combates y no vences,
 si te hiere tal vez oculta mano,
 no del propio infortunio te avergüences
 ni des al triunfador insulto vano:
 lucha con fe: la fe, del turbio lodo
 límpida forma cristalina crea;
 sé constante en tu fuerza y en tu idea:
 la constancia y la fe lo alcanzan todo.
 Con ellas, de la vida en la jornada
 consigue el cazador la presa ansiada,
 el paladín valiente la victoria,
 el amante el amor del sér querido,
 el viajero un hogar, el ave un nido,
 y el poeta los besos de la gloria.

Enrique Díez-Canedo y Reixa.

Muy interesante á los lectores de INSTANTÁNEAS

Tenemos en prensa una publicación llamada á obtener grandísima resonancia por su belleza y novedad. Los originales del

ALBUM DEL AÑO 1901

son absolutamente inéditos, tienen un marcadísimo sabor nacional y han sido escritos por las señoras Gimeno de Flaquer y Pardo Bazán y los señores Aza, don Vital, Azcárate, Balaguer, Benot, P. Blanco García, Bosch y Fusteguerras, Cánovas, Campoamor, Carracido, Castelar, Sinesio Delgado, Echegaray, Pérez Escribá, Felfu y Codina, Ferrari, Fiacro Irazoz, Frontaura, Valentín Gómez, Letamendi, Liniers, López Silva, Luceño, Maura, Marco, Mestre Martínez, Núñez de Arce, F. de A. Pacheco, Vizconde de Palazuelos, M. del Palacio, Pérez Zúñiga, Pí y Margall, Pidal y Mon, Federico Rubio, Ramos Carrión, F. Soldevilla, Rodrigo Soriano, y otros.

Aunque

INSTANTÁNEAS-ALBUM DEL AÑO 1901

está profusamente ilustrado con fotografías directas y preciosos dibujos originales de reputados artistas, y á pesar de su novedad é importancia sólo costará

UNA PESETA en España.

LA RISA

Núm. 114



CINCUENTA CARAMBOLAS

Jovar

Un partido á cincuenta, con picadito fino y efectos de retroceso.

CUESTIÓN DE CUARTOS



--De qué me sirve entonces un amigo si no me ha de pagar las cuentas que no me atrevo á presentar á mi marido.



--Por cual de las dos habrá dicho ¡ole! ese tío.



EL ASUNTO DE LA PATRONA

ó

EL ÚLTIMO MONDO SE AHOGA
Ayuntamiento de Madrid

ALEGORÍA



ESPERANZAS Y REALIDADES

Clavel, 1. -- MADRID

Ayuntamiento de Madrid

LA GITANA DEL COCHE

I

—Ñorinos... una limosna pa mi mare...

Una gitanilla, una niña de rostro cetrino, tostado por el ardiente sol meridional y curtido por las rudeces del cierzo, asomando su morena cabecita por la ventanilla de la portezuela, fué la que, con voz lastimera, pronunció estas palabras.

—Ñorinos—repetía con desgarrador acento—mi mare ze muere... está enferma y hoy no ha probao miaja de comida...

Vestía la pequeña cingara una saya corta, llena por completo de remiendos multicolores; amplia blusa, harapienta y rota, cubríale el pecho, dejando á la intemperie unos brazos delgados, en los que se veían esas pequeñas granulaciones producidas por un frío intenso. Tenía la pequeña unos ojos grandes y negros, orlados de un rojo cerquillo, señal evidente de horas seguidas de continuo llanto; sus enmarañados cabellos, del color de las moras en el período de madurez, ondeaban cual manojos de serpientes al ser movidas por la brisa que soplabá aquella fría mañana...

—Una limosnica por amó e Dió—decía la bohemía extendiendo hacia el interior de la diligencia una mano flaca, sucia, descolorida.

—Vaya, largo, que no sabes pintar mal la mona.

—¡Si callarás hoy!

—¡Qué bien aleccionados los tienen!...

Y los viajeros, unos tras otros, fueron endilgando á la gitana los más injuriosos epítetos, sin imaginarse que pudiera ser verdad lo que decía, que el en *aduar* bohemio, en aquel campamento miserable que se levantaba en el inmediato bosque, pudiera, efectivamente, existir una mujer enferma, debilitada por los trabajos y los sufrimientos, luchando con los estertores de la agonía.

Sólo un caballero, sin pronunciar palabra, colocó en la mano de la pequeña cín-



Excmo. Sr. General D. Ricardo Ortega.

Presidente del Tiro Nacional.

gara una moneda de plata, sobre la cual cayeron dos lágrimas ardientes, dos lágrimas de felicidad, de agradecimiento.

II

Algunos lo habían visto huir despavorido en línea recta y morder furiosamente los tallos de las zarzas, secos, y por consiguiente desprovistos de jugos. Era un perrazo enorme, de fuertes y potentes ancas, ojos como brasas y boca llena de una baba espumosa y sanguinolenta. A veces corría, mordiéndolo todo como si sintiera invencibles deseos de destrozar; y á veces veíase triste, doblando las piernas á cada paso y mirando á un lado y á otro con ojos faltos de lucidez y brillo.

Soplabá un viento tan seco como hela-

do, y el sol, que empezaba á asomarse por Oriente, alegrábalo todo, pero sin infundir calor. Las yerbecillas del campo, casi cubiertas por infinidad de gotas de rocío, reflejaban los rayos del astro, lo cual les daba la apariencia de verdosos terciopelos cuajados de perlas ó diamantes; las montañas del Poniente relucían como ascuas de oro, y los vidrios de las ventanas parecían, de lejos, globos de fuego.

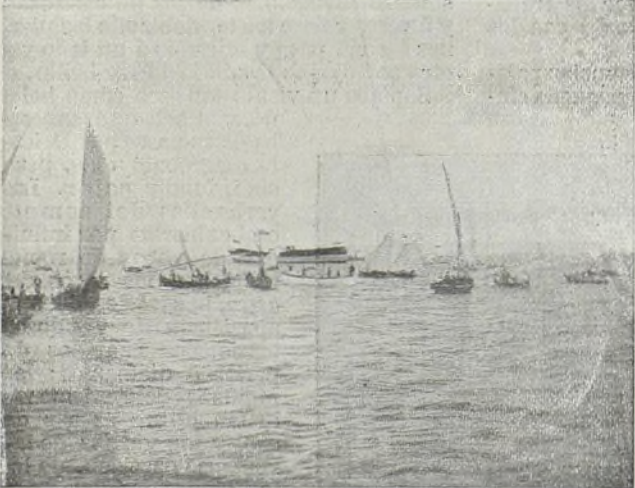
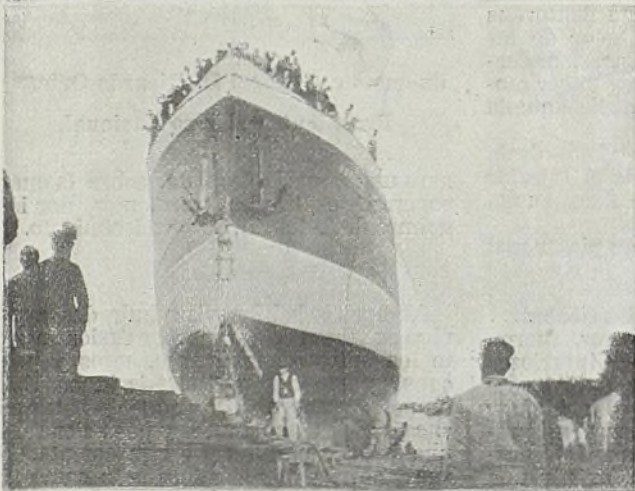
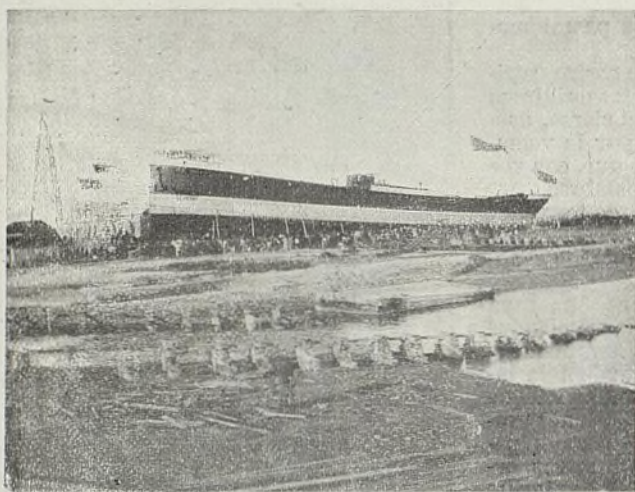
Un anciano de luenga barba y nevados cabellos y un niño de corta edad, rubio como las doradas espigas del maíz y hermoso como el sonreír de la aurora, envuelto el primero en amplia capa de azulados embozos y el niño abrigado con un mag-



LOGROÑO.—Calle del Mercado.

Inst. de C. Santos.

CA DIZ.—Asiliteros.— La Constructora naval española.



Botadura del vapor «Udala». — 1. En la grada antes del lanzamiento.—2. Entrando en el mar.—3. Fondeado en bahía.

Insts. de Juan Acosta.

El *Udala* es de acero, de 4.620 toneladas, con máquinas de triple expansión y dos calderas tubulares. Es propiedad de la «Compañía Bilbaína de Navegación», la cual le destina exclusivamente para carga.

nífico gabán de costosísimas pieles, cruzaban el *Esteiro* aquella glacial mañana.

Delante de ellos, mal arropada, pero sin hacer caso del frío que sutilmente se colaba á través de sus pobres vestiduras, como si siempre hubiese habitado las siberianas estepas, caminaba una mujer joven y hermosa, con una hermosura silvestre, salvaje. Era alta y esbelta, tenía las caderas anchas, el seno prominente, los brazos fornidos y la cara abundosa en carnes: sus músculos manifestaban tener la dureza del acero, y todo en ella denotaba robustez y fuerza.

III

Un grito desgarrador, un grito horrible, lanzado por la atiplada voceilla del niño, hizo volver la cabeza á la joven y vió al pequeño escondiéndose detrás del anciano y á éste inmóvil como una estatua, mirando hacia el *Montiño*, donde aparecía el perro, el terrible perro hidrófobo, corriendo hacia el *Esteiro*, hacia donde ellos se hallaban.

La joven, que hasta entonces no se había fijado en el viejo, estremeciósese al contemplar aquella faz noble que, indudablemente, no era la primera vez que veía.

—Es el mismo,—dijo—es el salvador de mi madre...; aunque hace ya muchos años que sucedió aquello... sus facciones no se han borrado de mi memoria... Yo debo hacer algo por él...

Perro y mujer peleaban con fiera terrible, inaudita, salvaje: era aquella encarnizada lucha de esas que siempre terminan con la muerte de cualquiera de los adversarios.

La mujer, con su mano derecha dentro de la enorme boca del cuadrúpedo, trataba de introducirse hasta las fauces, mientras que con la otra, fieramente crispada, oprimía su garganta.



Instantáneas.



ZARAGOZA.—Una excursión campestre.

E fabricante de papel Sr. Cantí, guiando su «piter».—Inst. del Sr. Carrión.

No podía durar más tiempo aquella bárbara pelea. La robusta moza, jadeante y sin fuerzas, iba ya á dejarse; vencer, cuando vió que el perro sacudía su cuerpo en convulsiones horribles; los fascinadores ojos del animal apagáronse instantáneamente y cayó á los pies de la joven, rugiendo de ira, al considerarse impotente para continuar la lucha.

—¿Quién es usted?... Por Dios, dígamelo—dijo llorando el anciano.

—Soy.... —respondió tranquilamente la joven —soy la gitana del coche.

Francisco Camba.

LA RABALERA

Déjeme usted asomame,
que está la ronda
entonando canciones
pa que las oiga.
Es Antonio el que canta,
¡canta la jota!
la jota «rabalera»,
¡la que hace ampollas!,
pa que al oirla, muera
de rabia Rosa.

Cierre bien la ventana,
madre, que sopla
el viento y nos helamos.
Traiga más ropa;
paice así que m'aquejan
penas muy hondas,
y esta noche no tengo
ganás de ronda.
Me da tristeza, madre,

si oigo la jota...

¡Qué ingratos son los hombres!
¡Ay, cuántas horas
pasé muerta de frío
coqueta y loca,
esperando al baturro
que amor me roba!
¡Volverá, ya lo creo,
por esta moza!

¡Madre, madre, que vienen
los de la ronda!
Es Antonio el que canta;
¡canta la jota!
¡la jota «rabalera»,
la que hace ampollas.
Mas no es por mí, ¡Dios mío!
¡canta por Rosa!

José Roqués González.

TEATROS

Real.—Con *Lohengrin* debutó el tenor catalán Sr. Palet, el cual es hoy una esperanza, pues sólo tiene veinte y tres años y posee un órgano vocal excelente, de timbre muy agradable, de volumen y extenso. La empresa nos ha presentado en el foyer la indumentaria de *La Tosca*, la cual nos hace esperar un gran éxito con la nueva ópera de Puccini.

Princesa.—Con la obra de Cavestany y *La güelta á Quirico*, de Parellada, continúa con llenos este teatro.

Español.—Con *El loco Dios* y *La hija del mar* hace la compañía Guerrero-Mendoza una campaña magnífica.

Comedia.—La empresa ha procurado complacer á sus abonados presentando á la notable actriz francesa Margarita Duval, con preciosos vaudevilles que interpreta con mucha gracia.

Apolo.—La obra *Blasones y talegas*, de Pereda y E. Sierra, la pone música Chapí.

Se está ensayando, además de *Los gitanos*, una nueva obra de Arniches y Sinesio Delgado, con música de Chapí.

Eslava.—La tiple Paca Fernán, que debutó con *La tonta de capirote*, ha gustado mucho. Se ensaya *El salto de agua*, de Celso Lucio y Pardo, música de Corcuera. *Sandías y melones* y *Polvorilla* se estrenarán en breve.

Cómico.—Se están ensayando la *Dinamita*, de Granés y Cereceda, *El sustituto*, de G. García, y *El maestro de obras*; después se estrenará *La barcarola*, de Guillón y Nieto.

Zarzuela.—Indudablemente *La tempranica* es la obra predilecta del público esta temporada. Nos extraña que haya desaparecido de los carteles *El guitarrico*, pues es obra que gusta mucho y lo prueba que en provincias se está representando con éxito grande.

Desde el número 117, que entra INSTANTANEAS en el 4.º año de su publicación, realizará varias importantísimas reformas que el público sabrá apreciar en los sacrificios que éstas representan, sin alteración de precio.

Seguirá costando 20 céntimos número y una peseta al mes en España.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

Me dijo ayer que está enfermo
Pepe, mi amiga Facunda,
y ayer mismo que fui á verlo
lo encontré en la *una seyunda*.
El dice que vió un *tres cuarta*
en el jardín del Retiro,
y aunque estaba en una jaula
del susto perdió el sentido.
Mas, por suerte, quiso Dios
que uno de los que le vieran
fuese Francisco *tres dos*,
que estaba aunque desde fuera
arreglado de tal modo,
que ver bien podía un *todo*
que una preciosidad era.

José Garralde.

EPIGRAMA

Muchos cantantes *maletas*
no distinguen, de seguro,
el canto de medio duro
del canto de dos pesetas.

J. M. Solís y Montoro.

Soluciones á los pasatiempos
del número anterior

Al jeroglífico:

Vino muy bueno entre dos luces.

A la charada:

To-ma-te.

Tipografía Moderna. — Espíritu Santo, 18 Madrid.

EL SAGRADO CORAZÓN CASA SALVI

Dibujos, Labores y Artículos bordados para **teatros, bailes, estandartes, banderas, cintas para carreras, uniformes, objetos de sala, gabinete, dormitorio, comedor, despacho, colegios, etc.**

LABORES RELIGIOSAS

Artículos para *ternos, casullas, cortinas de sagrario, paños de altar, estandartes* y labores de culto.

Los géneros son todos de primera clase. Especialidad *n oro, sedas, hilos y algodones.*

CLAVEL, número 1, entresuelo, MADRID.—CASA SALVI

LA BORDADORA ARTÍSTICA

Albums de labores y abecedarios

Un número mensual de
16 páginas.

Cada album, 2,50 pesetas.
Tres meses, 7 ptas.

Oficinas: Clavel, 1
MADRID

ALMACÉN de papel y objetos de
escritorio de B. AYORA, Concepción
Jerónima, 15, Madrid.

Gran Taller
DE
FOTOGRAFADO
con todos
los adelantos modernos.
P. Santamaria.
1, Clavel, 1

ALBUMS miniaturas instantáneas
de bailarinas: La bella Gerrero, 0,25
pesetas.—Carmen Luque, 0,25.—Am-
paro Gómez, 0,25.—Tapas para 1898,
2,90.—Idem para 1899, 2,90.—Idem
para 1900, cuatro meses de Enero á
Abril inclusive, 2,90.—Idem para
1900, de Mayo á Diciembre, 3,00.—
Album Carnaval, 58 figurines, 50
céntimos.



LICOR DEL POLO DE ORIVE

Este dentífrico higiénico es el único que combate las caries; sus condiciones antisépticas son asombrosas. La venta de 20 000 frascos por mes en Madrid solo, demuestra la supremacía del Licor del Polo de Olive sobre todos los dentífricos extranjeros. No tiene sacarina, salol ni ácido salicílico, que son tan perjudiciales al esmalte, y contiene un dentífrico alemán.

LA ELEGANCIA

Semanario de modas, para señoras y señoritas, el más útil y práctico.
3 meses, 3,50 ptas.—6 meses, 7 ptas.
Se suscribe en nuestras oficinas:
Clavel, 1. Madrid.

Instantáneas es un semanario elegante y de forma nueva, tirado en papel couché.

Instantáneas tiene 20 páginas de texto, ilustraciones y fotografías. **Instantáneas** es un semanario de actualidad de literatura clásica, humorística y artística.

Instantáneas publica 16 páginas de novela encuadernable.

Instantáneas contiene cuatro páginas en colores con título de *La Risa* y de caricaturas.

Instantáneas abrirá concursos originales con premios.

Instantáneas, á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene solo cuesta 20 céntimos número en España.—30 céntimos en el Extranjero.—40 reis en Portugal.—1 peseta un mes en España, y 200 reis en Portugal.

Oficinas: Clavel, 1. Madrid.

PARODIAS

CON

CARICATURAS
de las obras teatrales
que más éxito obtienen.

La Golfemia, 25 céntos.

Maria de los Angeles, 25 céntimos.

La balada de la luz, 25 céntimos.

De venta en nuestras oficinas y en las principales librerías de España.

Su canto monorrímico
enjuna la cigarra
mechándose en el pámpano
movible de una parrá
que finge un incensario
flotante y musical,
y al eco de su estrofa

por ejemplo:

La composición debía empezar así, cansables cantoras del verano. oído, la emoción monótona de las in- constantes, que lleven al alma, por el más de voces imitativas y de *erres* mando el título de esta crónica, ade- adormecedor, son las que están recia- en sus versos y empapadas de opio calidas, perzozas, indolentes, largas dejando sobre el papel, sino estrafas Pues no párrafos como los que voy un hemistiquio, es decir, un ala.

sta se ajusta a cada lado del cuerpo- velo vago, é indeterminado, y la poe- so vuela; la prosa se echa encima un de á compás? La prosa anda y el ver- para moverse, alas que bate y extien- de la prosa, y en el segundo se pone, se viste la túnica, llena de pliegues, Y ¿por qué, en el primer caso, la idea se de un modo isórono, acompañada? dando desgarbadamente, ó moviénd- ideas, que surgen en el espíritu, ó an- ? Por que existirán emociones é cada verso y cada estrofa.

cristalización sonora y diamantina es

Salvador Rueda.

de oro), soltaría de sus élitros su nota interminable, infinita, capaz de hacer cabecear al espíritu más despierto y de rendir á los sentidos más puestos en alerta.

¿Habéis estado alguna vez dentro del bosque de palmeras de mármoles que se llama Mezquita cordobesa, y habéis oído, al mismo tiempo, á alguna cigarra, que, fuera, posada en un naranjo, difundía perezas de siesta en el ambiente?

Yo la he oído muchas veces con un goce original, artístico, recorriendo aquellos altares cristianos que se des- pegaban tanto del sensualismo árabe del templo, dando vuelta en derredor de aquellas columnas, contemplando aquel *Mirab* milagroso vestido de mil irisaciones como de un brillantí- simo chisporroteo, admirando aquellos arcos fastuosos, que con su policromía flamante, parecerían chorrear de sus estalactitas una deslumbrante lluvia de claves.

El *Korán*, que tantos poetas han celebrado de oídas, sin saber que en- cierra mucha menos poesía de la que suponen, también á mí me ha suges- tionado, y desearía tener sobre un atril árabe, un ejemplar, entre cuyas hojas conservase, momificadas, celindas arrancadas de los campos de la Sie-

Saco el primero el arma médica, y por el profesor y los discípulos.

Tendido el cuerpo en la superficie, dan aún el sentimiento.

la inerte materia cuyas fibras guarda- mas de la vida la ciencia, recibieron de mármol donde estudia los proble- la mesa de disección. Las dos varas

Ya había sido llevado su cadáver á labras.

hablo, y voy á trasladar aquí sus pa-

Pascual habló después de muerto;

no hablan, se mueven.

galvanismo; los cuerpos galvanizados

rras; tampoco puede justificarse por el

fermedad no permite articular pala-

la calalepsia, porque esa exlirra en-

No puede justificarse el milagro por

vida.

se hubo apagado en el la luz de la

aquel cerebro guardó la razón cuando

conservaron la palabra, ni por qué

nómeno los labios del cuerpo inerte

No hay que preguntarle por qué fe-

muerto

amante siguió queriéndola después de

traordinario de mi cuento, que el

Y es el caso, y aquí empieza lo ex-

cios.

de haber sufrido uno de sus despre-

dicho Pascual á la joven, después

estar siempre afeitado á ti — había

En la mesa de disección

rra, azucenas de la Fuensanta, rosas de los jardines de los conventos, y, sobre todo, marcando determinadas páginas, y como insectos de color de oro, cigarras de los horizontes cordo- beses.

Las pitas y los olivos traen á mi memoria recuerdos de Jerusalén, del del sol de la abrasada y yerma Pa- lestina; y la evocación del canto de la cigarra presenta á los ojos de mi ima- ginación la ciudad perezosa de Sé- neca.

Recordar una cancela es, *para mí*, recordar á toda Sevilla; recordar un huerto, recordar á Murcia; recordar una palmera, recordar á Alicante; re- cordar un plátano, recordar á Málaga, y recordar una cigarra, recordar á Córdoba.

¡Córdoba, Córdoba! ¡Yo no sé qué tiene para mí tu ambiente, tus vie- jos edificios, la cal de tus muros, las jarras de tus puestos, las piedras de tus calles, el silencio de tus recin- tos, las flores que se asoman, curio- sas, á las tapias de tus corrales, y la pereza noble, como de león adorme- cido, que invade tu espíritu, que me llenan de poesía y de tristeza!...

Ahora me figuro que es la hora de la siesta; volteando en los aleros de tus templos, pian y traban *disputas*

—Después de muerto, habré de de cara al astro del día.

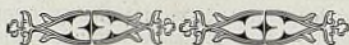
que constantemente van volviéndose mujer amada, como esos girasoles cual iban siempre en dirección de la mirada y el pensamiento de Pas- para él una sonrisa, y, sin embargo, una vez y otra, no vio jamás abrirse se de traiciones; soporó sus desdenes

Sufrió de la mujer querida toda cla- divina que encerraba.
jó trasporar por su cuerpo la esencia que sólo para el ser a quien quiso de- aquellos amores no correspondidos, Tanto había ocluido en vida mujer.

Ascual murió de pasión por una

Cuento fantástico.

En la mesa de disección



los gorriones; sobre tus calles da el sol de plano, sin acusar un punto de sombra; los toldos oscurecen tus patios, guarnecidos de macetas; todo es sopor, reposo, silencio. Y sobre la pereza que te rinde al sueño caluroso, semejante al caño de una fuente, que no descansa, cae sobre ti la música ronca y uniforme del insecto cantor. Si, arrullando tu siesta,

su canto monorrítmico
entona la cigarra,
meciéndose en el pámpano
movible de una parra
que finge un incensario
flotante y musical...



Así, acudiendo a la pluma, en es- tancias sucesivas, y por evocación misteriosa, las palabras propias de la canción esjiva, se transmitiría mejor la impresión de llama y bochorno, de languidez y de sol abrasante, que a la prosa le sería más difícil inter- pretar.
Pero hay que acomodarse a ella, y decir que no sé por qué causa las ci- garras sientan a Córdoba, mejor aca- so que a ninguna otra ciudad. Yo las he oído en Málaga, en Sevilla, en Va- lencia, en Cartagena, en Murcia y en muchas más capitales, y no me sue- nan tan bien como en la vieja ciudad de los Calitas. No sé si es que gusta beber *Montilla* oyendo la nota ador- mecedora de la cigarra, ó si es que agrada oír, también, leyendo versos de Góngora, pero es lo cierto que pa- ra mí hay pocos goces tan *desmerte- sados* como tener entre los labios el sabor a zumo de los *Montes*, en los oídos rumor a, estrojas del cordobés insigne, y estar, al mismo tiempo, es- cuchando a la cantora idealizada por tanto escritor y poeta, desde Longo e

que el limpano desgarra,
se ve brillar la escena
magnífica y bizarra
que exhibe la ventrú-
debafo del parva.

griego hasta los vates de nuestros días.

Entre los imposibles sueños de niño que, á pesar de ser yo *medio viejo*, aun conservo frescos en mi ilusión, existe uno que no se evapora, y consiste en el bello absurdo de tener en mi pobre despacho de poeta, una ci- garra de Córdoba, que cantase en in- vierno. Ella, en las frías y largas no- ches madrileñas, inflammaría con su canto mi imaginación en lumbraradas del sol cordobés que cae sobre los li- moneros de la Mezquita, que abrillan- ta la escultura de San Rafael, que ha- ce espejear en los muros de las casas la cal resplandeciente, que rinde la albahaca en las macetas, que cierra los cálices de flor durante la siesta larga, silenciosa, pausada, y que em- pavona de oro incandescente las pie- dras. Ella trasladaría el verano entero á mi fantasía.

Perspectivas maravillosas de sierra, jarras goteantes, madreselvas queri- das, olivos cenicientos de troncos que han visto muchas generaciones, piar de gorriones en los aleros de viejas iglesias, patios como oasis frescos en medio del día de llamas, llenarían mi recuerdo; y dando alma estival á esa ciudad vista entre sueños, la ci- garra (que yo tendría recluida en jaula

EL GRAN TACAÑO

por Don Francisco de Quevedo.

CONTINUACIÓN

tro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa á puras líneas.

—Estas—me dijo—me dieron en París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, voto á Cristo, hombre, vive Dios, tan señalado.

Y decía verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y á enseñarme papeles que debían de ser de otro, á quien había tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza; y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo:

—¿Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni García de Paredes, Julián Romero ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí que entonces, sí que no había artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte vuesa merced en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.

—¿Es vuesa merced acaso?—le dije yo—y él me respondió:

—¿Pues qué otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre.

Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludémosle con el *Deo gracias* acostumbrado, y empezó á alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo:

—¡Ah, Padre! Más espesas he visto yo las picas sobre mí: y voto á Cristo, que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, juro á Dios.

El ermitaño le reprendía que no jurase tanto. El soldado le respondió:

—Bien se echa de ver, Padre, que no ha sido soldado, pues me reprende mi propio oficio.

Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún picarón, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia y estima, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto: el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña, hecha de bolas de madera, que á cada Ave María sonaba un caboe, y el soldado iba comparando las peñas á los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde había de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temía el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas como las mentiras del soldado.

—¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte de este puerto,—decía—y hiciera buena obra á los caminantes!

En estas y otras conversaciones llegamos á Cercedilla: entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido; mandamos aderezar la cena; era viernes, y en-tretanto el ermitaño dijo:

—Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios: juguemos Ave Marías—y dejó caer de la manga el descuadernado.

Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo:

—No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo en amistad.



Yo, codicioso, dije que jugaría otros tantos, y el ermitaño, por no hacer mal servicio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, y que eran hasta doscientos reales.

Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco.

Fué el juego al parar; y lo bueno fue que dijo que no sabía el juego, é hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bien aventurado hacer dos manos, y luego no la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida: retiróla el ladrón con las ancas de la mano, que era lástima; perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pesías aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda: no dejaba santo que no llamaba. Acabó de pelarnos: quisimosle jugar sobre prendas, y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento, que éramos prójimos y que no había de tratar de otra cosa.

—No juren,—decía—que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien.

Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte.

—Pesía tal,—decía el pobre alférez, que él me dijo entonces que lo era,—entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo.

El se reía á todo esto.

Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos *in puribus*. Prometió hacerlo, y metióse sesenta huevos. ¡No vi tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar: dormimos todos en

(Continuará.)

INSTANTÁNEAS

BIBLIOTECA CLÁSICA - LA RISA

AÑO III A IV DE SU PUBLICACIÓN

Esta revista semanal de arte y letras es la más elegante y útil de España

DIRECTOR: D. MANUEL SALVI

Instantáneas es un semanario presentado bajo una forma nueva y original, tirado en colores en papel couché.

Instantáneas tiene 20 páginas de texto, ilustraciones y fotografías por nuestros mejores literatos, dibujantes y *amateurs* fotógrafos.

Instantáneas es un semanario de actualidad, de literatura clásica, humorística, mundana y artística.

Instantáneas publica 8 páginas encuadernables de novela clásica y contemporánea en cada número, tirada en papel couché.

Instantáneas contiene cuatro páginas en colores con el título LA RISA, ejecutados por nuestros mejores caricaturistas.

Instantáneas abrirá una serie de concursos originales, con grandes premios, para sus lectores.

Instantáneas estará de venta los sábados en todas las librerías y puestos de periódicos, y en sus oficinas, Clavel, 1, Madrid.

Instantáneas á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, sólo cuesta

20 céntimos el número en España.

30 céntimos en el extranjero.

40 reis en Portugal.

Una peseta al mes en España.

200 reis al mes en Portugal.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

TIPOGRAFÍA MODERNA.—Espíritu Santo, 18.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid